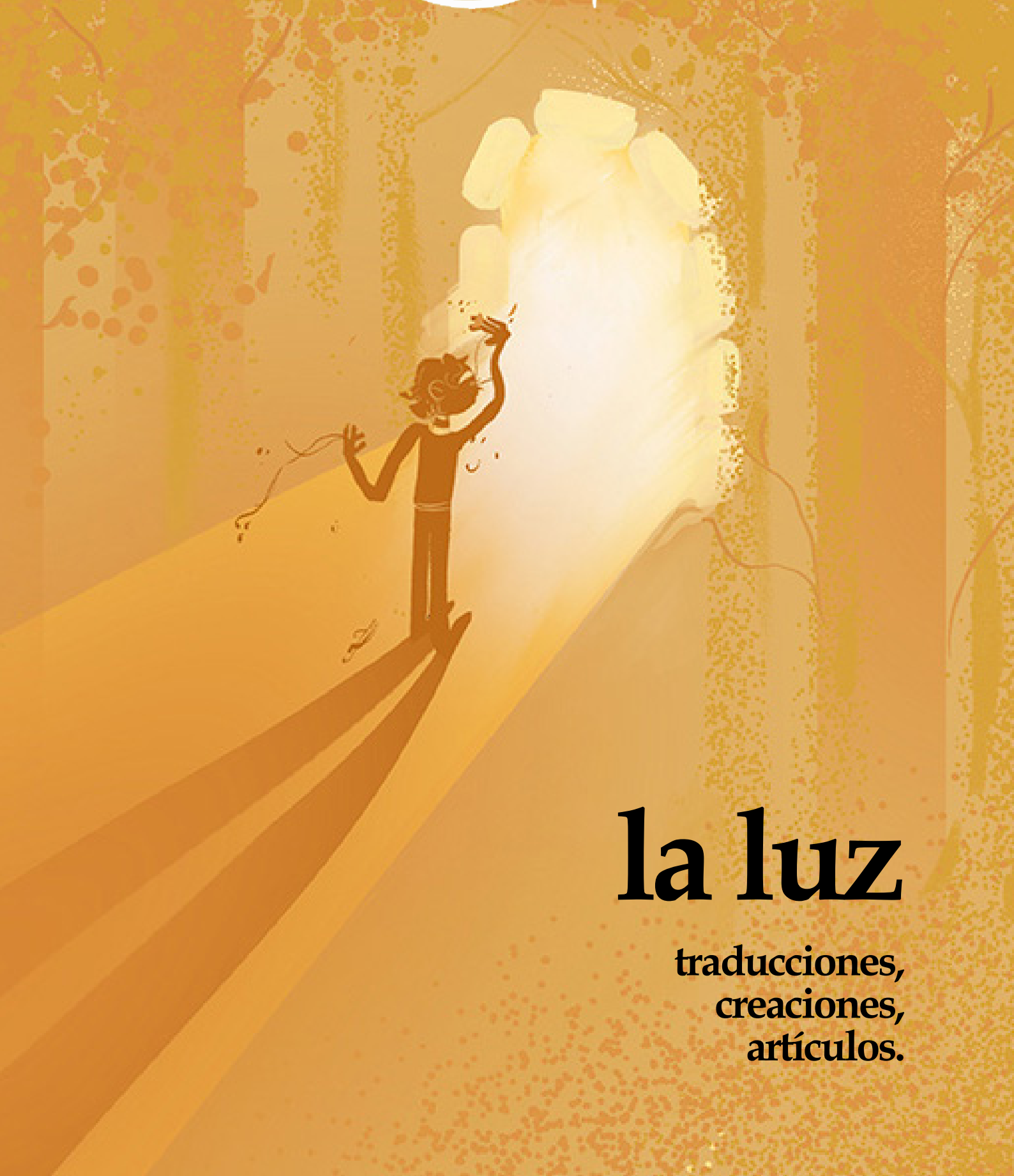


aguaviva
revista literaria



primavera

9 2026



la luz

traducciones,
creaciones,
artículos.

aguaviva

revista literaria

DIRECCIÓN Y COORDINACIÓN

Ana Marante González
Andrea Sánchez Villamandos
María Gómez García
Sophia Hidalgo Hernández

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA

Verónica del Pino Hernández

Instagram: @kokika.o

EDITA

Ana Marante González en Dublín

PARTICIPAN

Ana Marante González, Antonio Linares Fumero, Daniela Perera Santana, David Morales Pérez, Guillermo Oliva Casanova, Javier Pérez Hernández, Roberto Tejera de León, Sebastián Martínez Cardona, Teresa Pulido, Tomás Hernández Mora y Victoria Ramírez Romero.

© Todos los derechos de los textos e ilustraciones pertenecen a sus respectivos autores y autoras. No está permitida la reproducción total o parcial de esta revista, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros, sin el permiso previo y por escrito de sus respectivos autores y autoras.

© 2026, Revista Literaria Aguaviva. Todos los derechos reservados.

ISSN: 3045-6924

DOI: próximamente



Sumario

Nota preliminar

<i>Las mismas estrellas</i> , Ana Marante González	4
--	---

Creaciones

<i>Maleta Lux</i> , Antonio Linares Fumero	5
<i>Magec</i> , Daniela Perera Santana	13
<i>Perros de guía</i> , David Morales Pérez	14
<i>Parte poética de Luz</i> , Guillermo Oliva Casanova	18
<i>Quimeras en el agua</i> , Roberto Tejera de León	20
<i>Revelado</i> , Sebastián Martínez Cardona	25
<i>En buena compañía</i> , Teresa Pulido	27
<i>Subir montañas</i> , Victoria Ramírez Romero	29

Traducciones

<i>die dunkelheit wird heller</i> , Laura Lynn Meyer / la oscuridad se vuelve más clara, Javier Pérez Hernández	35
---	----

Artículos

<i>La luz ordinaria: atención, forma de vida y resistencia ética</i> , Tomás Hernández Mora..	38
---	----



Nota preliminar

Las mismas estrellas

Una niña se despide de su madre antes de irse a casa de su abuela para pasar julio en La Palma. Siente una hormiga caminándole por el vientre, apretando con las patas, pisando cualquier arraigo para la calma. La oscuridad siempre busca hueco dentro de los estómagos. Su madre le dice: cuando me eches de menos, lanza un beso volado a las estrellas. La niña pregunta: ¿tú estarás viendo el mismo cielo?

Toda luz es un parpadeo: corre más rápido que el susto para salvarte del miedo.

Son las siete de la tarde y ya anochece en Irlanda. Miro las nubes y busco alguna estrella que brille entre las luces de los edificios. La farola que hay enfrente de mi ventana se confunde con la luna cuando aprietas los ojos. El otro día le expliqué a Filippo el significado de la expresión *brilli brilli* y lo entendió enseguida. Bajo mi lamparita de noche, está la carta que Sara me envió desde Tegueste hace dos semanas. En los lugares fríos, todo el mundo elige la luz cálida antes que la blanca: un recordatorio del sol como fuente de calor. Aquí, a veces, se ven brujas encendiendo cerillas para romper las jaulas. Persigo la luz con las mismas ansias con que un hada devora una nuez; me nutro de todo lo que palpita, alumbra y amarillea en el mundo. No podría sobrevivir sin eso. De hecho, no podemos.

El cielo está un poquito más oscuro ahora, en un rato el azul grisáceo se tornará en oscuro y aparecerán miles de estrellas. Si enciendes una llama dentro de una hoguera, nadie la verá. Si la enciendes en un bosque oscuro, tendrás un fuego. Todo lo que es, existe por contraste. La luz es una defensa ante una oscuridad previa, una chispa, una carcajada, una palmada, un poema, una canción: cualquier potencia que nazca para arrasar con lo opuesto. Estas páginas: un intento de oponerse a la violencia, la rabia, la soledad, el odio, la muerte. Las luces son respuestas a los miedos. Ojalá aquí encuentres un calor que te salve de los tuyos.

Ahora lanzo un beso volado a las estrellas. En otra isla, en el mismo mar, sé que mi madre lo estará recibiendo.

Ana Marante González,
Dublín, marzo de 2026.



Creaciones

Maleta Lux

Antonio Linares Fumero

(creación)

La calle está húmeda. Justo salgo del callejón Maquila cuando el viento me golpea la cara. La Laguna, esa ciudad que adoro, hoy viste su humedad de siempre, esa que no siempre cae en gotas, pero que te empapa igual. La luz de las farolas se refleja en los charcos del suelo y, por un segundo, solo por un segundo, me parece que hay otra ciudad debajo de esta, una que no conoce mis nombres, una que no duele tanto.

Hay un ruido social que quema, como una lija fina. Esa electricidad incómoda de sentirse observado. No es nada épico. Es solo una gota constante. Leí una vez que la burla es como la lluvia fina: cuando te das cuenta, estás empapado por dentro.

No sé exactamente de dónde viene y, aun así, mi cuerpo lo entiende antes que yo. Mi cuerpo siempre lo sabe antes que yo. El hígado se tensa, una bilis antigua. La garganta se estrecha, como si tuviera que pasar algo demasiado grande por un sitio demasiado estrecho.

Me cierro. Me tenso. Me preparo. ¿Para qué?

Me subo el *hoodie* del suéter y eso me hace oler mi propio perfume impregnado en la tela. Me relajo. Huelo delicioso. Me pongo los auriculares. Rosalía suena bajito, como una lámpara pequeña en una habitación enorme. No para arder, para calentar. No para escapar del mundo, para atravesarlo.

Y con esa luz mínima, sigo caminando. Porque incluso aquí, mi ternura no desaparece. Solo aprende a esconderse.

Llego a mi cueva con la humedad de La Laguna todavía pegada a los hombros, como si la calle se hubiera quedado viviendo en mis huesos. Cierro la puerta y, por fin, el ruido social se queda fuera, en otra frecuencia de radio, como una conversación que ya no me pertenece. Aquí dentro hay otra atmósfera, un descanso cálido. Aquí se me permite plantar las semillas invisibles sin las prisas de la *rat race*.

Dejo las llaves donde siempre. No me quito los auriculares. Dejo que Rosalía siga sonando bajito, casi como un hilo de luz. No para tapar nada, solo para acompañar.



Me siento en la cama y ahí está la maleta.

Azul opalita. De tela. No es grande, pero pesa como si tuviera dentro varias vidas enteras dobladas sin planchar. La cremallera suena suave cuando la abro y de dentro sale un olor a magnolias que me desarma un poco, como si alguien hubiese guardado un jardín en un bolsillo.

Por la ventana entra el parpadeo de una guirnalda de luces, puntitos temblorosos de colores. En esta habitación todo es más lento, más real.

—No puedo iluminar sin mirar lo que guardo —me digo.

Meto los dedos en la maleta con cuidado, como quien entra en su propia memoria sin querer despertarla de golpe. Hay compartimentos que se abren rápido y otros que se resisten. Hay nombres que me llaman desde la tela: Antonio, Toño, Toni... y ese silencio donde caben los que no se dicen.

Aparece un papelito. Está doblado tantas veces que parece más una bolita que una nota, como si hubiera aprendido a sobrevivir a fuerza de hacerse pequeño. Lo sostengo un segundo sin leerlo. Siento el pulso en la yema de los dedos.

Respiro.

Lo abro.

I keep a small light. Not to burn, to warm.

Algo en mí baja un poco la guardia.

Vuelvo a la maleta.

Muevo cosas que no pesan, pero cansan. Encuentro su foto. No debería sorprenderme. Y, sin embargo, me sorprende como si la memoria supiera engañarme.

La saco despacio, como si fuera frágil. Mima me mira desde un rectángulo de papel, esa cara que sabe, esa roca. La sostengo con las manos temblorosas y noto, de golpe, cómo la tristeza me invade sin pedir permiso.

No llega como lluvia, llega como mar.

Un tsunami silencioso que me inunda por dentro y me deja sin aire. Me pican los ojos. Trago y la garganta vuelve a estrecharse, pero ahora no es por el ruido de fuera, es por lo que se me amontona dentro. Me arrodillo en el suelo al lado de la cama y apoyo la frente en la maleta, como si el cuerpo supiera exactamente dónde rendirse.



Aprieto la foto contra el pecho como si así pudiera recordar con las manos.

Me viene su recuerdo, una tarde cualquiera, diciendo mi nombre como si fuera lo más normal del mundo:

—Toño, ven.

En su boca, “Toño” era refugio.

Y en medio de todo, en el ahogo, en el temblor, en este cuarto que huele a magnolias, me pasa lo de siempre, que sigo creyendo.

No creo porque todo vaya bien. Creo porque sigo aquí.

A pesar de todo. Con todo.

La fe, la mía, no tiene templo, aunque me maraville visitar los de todas las religiones. Mi fe tiene gestos, una foto, una respiración, un roce, una luz pequeña que no se apaga aunque yo me apague un poco.

Rosalía sigue sonando bajito en algún lugar del oído, como si la música también supiera abrigarme. Y yo me quedo ahí un momento más, sosteniendo a Mima y sosteniéndome. Como si fuéramos la misma cosa. En realidad, lo somos.

Cuando el cuerpo decide que puede volver a respirar sin romperse, dejo la foto con cuidado sobre la cama. Miro hacia arriba. Trago aire.

Vuelvo a la maleta.

Encuentro varias magnolias secas. Eso explica el olor. Están ahí desde hace quién sabe cuánto, aplastadas entre papeles, como una promesa intentando hacerse inmortal.

Todavía huelen muchísimo, no como flores vivas, sino como un recuerdo que insiste. Un café recién hecho, una tarde fresca, algo cálido en la garganta antes de que el mundo se pusiera raro. Las magnolias se desmigajan un poco entre mis dedos. Se rompen con esa delicadeza cruel de las cosas que uno guardó “para que no se perdieran” ... y aun así se perdieron.

Me quedo mirándolas. Las magnolias son flores frágiles, sí..., pero vienen de un árbol que no lo es. Un árbol que se queda quieto cuando todo alrededor se mueve, que aguanta temporadas, que echa raíces sin pedir aplauso. Delicadeza, pero con columna vertebral robusta. Treinta y tres vértebras, para ser exactos.



Las sostengo sobre la colcha y la luz de colores que entra por la ventana les dibuja una sombra finísima en la tela. Toda claridad lleva pegada una silueta.

Mi sombra aparece siempre antes que yo. Me protege ferozmente, me tensa, me cierra. No es mala. Es antigua. Es una guardiana.

Y mi luz, cuando así lo siente, no viene a pelear con ella. Viene a hacerle hueco. A curarla despacito. A recordarle que no tiene que morder todo el tiempo. Que mantener la dulzura no significa ceder.

Las magnolias tiemblan en mi mano. Las siento como si fueran un pedacito de algo sagrado y profano a la vez. Algo frágil, pero resistente. Las vuelvo a guardar, pero no como quien esconde, sino como quien coloca un amuleto donde pueda volver a encontrarlo. Porque eso también soy yo: un amuleto.

Vuelvo a la maleta.

Toco papel. Bordes duros. Saco un cuaderno de profe.

Pesa horrores. Horarios. Correcciones. Esquemas. Flechas. Subrayados... Qué manera tan “bonita” tiene mi córtex de intentar salvarme a fuerza de ordenar.

Lo abro como quien abre una puerta conocida.

Página tras página, mi mundo en listas. Mi TOC intentando ser útil. Si lo ordeno todo, no duele. Si lo entiendo todo, no me pasa. Si lo tengo controlado, no me rompo. Tengo que. Tengo que. Tengo que ser el estudiante perfecto, el profe perfecto, el amigo perfecto, el novio perfecto, el ciudadano perfecto...

En un margen, donde no debería haber nada, hay dibujada una cruz extraña. Una cruz con asa. Un *ankh*. La llave egipcia de la vida.

Me quedo muy quieto. No recuerdo haberlo dibujado. Lo toco con la yema del dedo y algo se me afloja dentro.

Cierro el cuaderno.

Cambio la pregunta “¿Qué tengo que hacer?”, por “¿Qué necesito, ahora, para sentirme a salvo en mi propio pecho?”.

El olor a magnolias vuelve, suave. Rosalía sigue sonando bajito, marcando el pulso.

Dejo el cuaderno a un lado. No lo vuelvo a meter. La armadura se queda fuera.



Vuelvo a la maleta.

Encuentro un cuarzo rosa. Está frío. Lo aprieto en mi mano y siento cómo se temple.

Sonrío.

Al lado, una vela medio consumida. Me río por dentro. Encenderse sin incendiarse.

Por último, hallo unos fósforos.

Hay días en los que pido milagros, otros en los que solo quiero esto. Un ritual pequeño, casi ridículo, perfecto.

Monto el altar en la mesilla: foto de Mima, magnolias por encima, cuarzo y vela. Estoy ordenando mi mundo, sí..., pero con ternura, no con control.

Me quedo mirando la caja de fósforos y me acuerdo de algo que aprendí cuando tuve que congelarme para dejar que las semillas invisibles echaran raíces de forma segura. No se descongela a golpes. El hielo se respeta. El cuerpo necesita calor lento.

Enciendo dos fósforos a la vez. Costumbre. Capricho. Mi forma de decirme que nunca estoy solo.

La habitación cambia de dimensión. La luz se levanta y nace una sombra en la pared, grande, como un animal. Me acerco y acaricio el lugar donde está mi sombra, como quien saluda a su perrete guardián.

La cera empieza a oler más fuerte. Algo parecido a hogar.

Veo de nuevo el primer papelito que saqué de la maleta, como si supiera cuándo volver.

I keep a small light. Not to burn, to warm.

Lo repito.

Una y otra vez.

Un mantra.

Un hechizo.

Guardo uma pequena luz. Não pra queimar, pra aquecer.

Me tumbo en la cama y me quedo mirando cómo respira la vela.

La llama casi no se mueve, pero vive. Tiembla. Se contrae. Se expande. Y cada vez que lo hace, algo dentro de mí la acompaña, un pulso en la garganta, un latido cerca del cuello, como si el cuerpo tuviera su propia forma de rezar.



Rosalía suena de fondo. Apenas. Lo suficiente como para que la música me haga de puente. Me trae una frase breve: no me da la vida para odiar... y, aun así, la rabia está. Vive aquí también. La ternura y el fuego, la misma cosa a distinta temperatura.

Estoy en la tierra: una cama deshecha, un cuaderno arrugado, cera derritiéndose. Y, sin embargo... la manera en que la luz toca las cosas es distinta. Como si las atravesara. Como si yo las viera desde otro ángulo.

Miro mis manos. Me detengo en las líneas que las recorren. Cuántas peleas se les quedaron marcadas cuando solo querían acariciar.

Miro a través de la llama y la habitación se vuelve un mapa. Lo pequeño se abre como una matrioska: una cosa dentro de otra, una vida dentro de otra.

Puertas dentro de puertas.

Una tostada de masa madre contiene un mediodía,
un mediodía contiene cansancio,
el cansancio contiene una lágrima,
y en esa lágrima cabe una casa,
una calle húmeda de La Laguna,
una isla...
y el océano entero.

Me recorre un escalofrío.

Me elevo y me percató de que no estoy solo en esta imagen.
Todes respirando el mismo aire húmedo:
el barbero que te mira y ya te reconoce,
la camarera que hace el café más rico,
les niños del cole con sus mundos enormes,
mi padre con su manera de querer,
mis vecinos cargando sus bolsas, sus duelos, sus alegrías...
yo...
todes...
lo mismo.

Como si todes fuéramos una misma luz jugando a tener diferentes nombres.



Me río. Algo que pensaba que era un problema enorme, en realidad era solo... una puerta. Solo una puerta más. Pero qué puerta, *mamma mia*.

—Los idiomas también son puertas —susurro.

Io sono anche la porta.

No porque yo sea especial. Todos lo somos. Y nadie lo es.

We're too much and too little at the same time.

Siento la garganta menos estrecha. El pecho más amplio. Más habitable.

No hay una sola puerta que lo explique todo. Hay miles. Y ninguna basta si nos quedamos esperando a que alguien nos confirme que hemos cruzado bien.

No necesitamos que lo vean.

Necesitamos sentirlo nosotros.

La vela sigue consumiéndose a su ritmo. El tiempo también es una forma de fe. El alma tiene su propio calendario.

Me levanto despacio.

Sé a donde tengo que ir.

Dejo la vela consumiéndose despacio, sin prisa, sin drama.

Salgo del cuarto sin apagar del todo la luz. Hay noches en las que una necesita dejar otra luz trabajando en segundo plano.

No para arder, para calentar.

Subo.

Las escaleras hacia la azotea siempre tienen algo de umbral. La temperatura cambia, el pensamiento baja el volumen. Abro la puerta y me golpea de nuevo el aire de Tenerife, fresco y húmedo, ese alisio que te despeina las ideas y te deja la cara limpia.

Empieza a anochecer, pero no como antes, se nota que los días están estirándose. Cada tarde dura un poco más. Cada tarde trae un poco más de luz. La primavera asoma tímidamente.

Busco mi pirámide favorita.



Ahí está. El Teide. Ese monumento de la naturaleza, rodeado por un mar de nubes que parecen algodón. Me quedo admirándolo. Ese volcán sabe sostenerme.

El horizonte empieza a encenderse, con paciencia. Una luz, dos, tres.

Respiro.

Siento que todo lo que fui, lo que estoy siendo, lo que todavía no entiendo, cabe en ese cielo que también miran otros, en otros lugares, en otras casas. Alguien que no conozco, alguien que amo, alguien que me extraña, alguien que está intentando sobrevivir a su propio invierno, alguien que amaré...

Mima.

La siento.

Como si estuviera lejos... y a la vez tan cerca como mi vena yugular.

Miro hacia arriba y hago el gesto más típico del mundo, un beso volado.

Para ella.

Para lo que no se fue, solo cambió de forma.

Me quedo un rato en silencio, dejando que el aire me pase por dentro.

Aquí, ahora.

Me repito lo único que hoy necesito recordar:

Que la luz no desaparece.

Que se esconde, sí, pero resiste.

Que está hecha de ternura, de hogar, de amistad, de magia cotidiana.

Que todes venimos de las estrellas... y, de alguna manera, siempre volvemos a ellas.

Sonrío.

Me doy la vuelta y bajo las escaleras con la sensación de que, aunque el mundo siga siendo el mismo, ya no estoy solo en él. En realidad, nunca lo estuve.

Conservo una piccola luce, non per scottare, ma per riscaldare.



Magec, Daniela Perera Santana (creación)

Me protege en el ascenso. Me imanta. Mi adorada montaña. Vibra en espiral. Estalla en colores. Se enreda en el aire y se libera con el viento. Soy percusión, ella es el ritmo. Giro, bailo y orbito. Soy Guajara en su cima: mi caída es un vuelo, una ráfaga.

Serpenteo entre los árboles que la blindan, sus ramas me rasgan la piel, crean una fiesta carmín. No importa. Soy ave, soy eterna, soy veloz. Acelero y penetro las nubes junto a sus manos de rocío. Sigue sosteniéndome, Madre, sigue impulsándome. Mamá ladera, Mamá río, Mamá volcán.

Atravieso el desierto blanco que destiñe mis pestañas. Escucho la polifonía que solo aquí se forma. Fuerzas colisionan. El alquitrán que me cubría se desprendió a medio camino. Atravieso el rayo, el trueno y la ira. Invado el infinito cobalto, casi ciega, casi sorda, y, al fin, la veo.

La luz.

Absoluta. Devastadora. Cósmica. Siento en mi piel calcinada su poder, en mis huesos negros su amor.

Floto, abro mis pulmones y absorbo el oro del Padre Magec. No recuerdo cuándo comenzó la caída, pero es grácil, como las cenizas de una erupción. Su luz me acuna y entro en un sueño lúcido, en el que lloro y río, en el que habito ese lugar para siempre, junto a ellos, junto a su eternidad abrasadora. Y siento amor.

Despierto a los pies de la montaña, coronada por un halo dorado, bajo el silencio expectante de Madre. La calmo mostrándole las plumas que aún me quedan. Acaricio su rofe áspero. Y ella mis dedos luminosos.



Perros de guía, David Morales Pérez

(creación)

Bajo un cielo sin estrellas siguen celebrando el adelanto del atardecer. Se reúnen en la plaza y se regalan curiosidades hechas por ellos o compradas a comerciantes de otros pueblos, todas las puertas están abiertas con pocas personas aún en sus casas o solo aquellas que, tras un momento de fiesta, han vuelto para descansar. Tiran fuegos que apenas se ven sin luz —dejarían solo un pequeño humo negro durante el día—, pero su estruendo abarca todos los rincones del bosque, muchas de sus criaturas hace rato que se han escondido. Es una celebración agradable, a pesar de las jarras tiradas y las rotas, que tendrán que recoger al despertar, y de los gritos alegres que sufren aquellos que cierran las ventanas para intentar dormir un poco. Incluso los que desearían un poco de paz aprecian sus regalos y se acurrucan con sus nuevas tallas, cuelgan en los armarios las prendas que les han dado sus vecinos o, sentados en el borde del camastro, antes de tumbarse, se colocan pulseras y collares, que los atarán sin que lo sepan y que vivirán en sus cuerpos hasta que el cuero o el hilo no aguanten más.

Alguien acaba de saltar una valla y, tras tropezarse, empieza a correr. Los pies tocan muy rápido la tierra sin moverse demasiado y se escucha algún quejido, bien porque se ha vuelto a caer con alguna rama, bien por algo que arrastra desde la fiesta. Desde el bosque se podría ver a un niño pequeño con un pelo desordenado a la altura de los hombros, del color del cobre, que aprieta fuerte en sus manos, de las que caen gotas carmesí, un objeto que no se distingue. Corre dudoso y mira hacia atrás, mira hacia la oscura profundidad de los árboles y mira, otra vez, hacia delante mientras sus pies trastabillan. Se le escurre el objeto al caerse de nuevo, no se da cuenta y corre. Sobre la tierra hay una pulsera de cuero cuyas trenzas bailan entre sí hasta cerrarse, son casi del color de las hojas cuando caen, y como pieza central, una placa de madera, más oscura que su soporte, en la que se han tallado dos figuras, una mayor que abraza por detrás a la otra. La mano de la mayor, la que cubre el hombro, es algo más pequeña que la que acaricia el brazo, su cabeza es también algo más grande que la de su contraparte, y el azul pintado en las ropas de ambas es ahora diferente por la poca sangre que baña a la mayor. Es una talla hermosa.

Un regalo, otro vínculo más de los que la suerte ha formado esta noche, esta vez en protección y en fuerza, según lo poco que se ha hablado y lo menos que se ha escrito. Perderlo no le afecta más que en la pérdida de esos poderes, en especial si no sabe nada de esto, pero ya sería peligroso salir en noches así con palabras y luces y objetos.



Sus huellas lo llevan a un sitio peligroso, su olor es muy fuerte y fácil de seguir. Ni las flores ni la tierra pueden ocultar los pasos hacia al barranco junto al mar, en donde una pequeña explanada tras los árboles termina con una caída llena de arbustos y rocas y cuyo final se encuentra junto a una playa de pequeñas piedras ásperas y negras. No hay tantas criaturas allí, además de los conejos y las gaviotas de la mañana, pero el lugar inquieta, de nuevo, sin palabras o brebajes o al abandonar la suerte del regalo.

Se le ve sentado sobre un peñasco que se eleva sobre el borde del barranco. Está acurrucado, con las manos junto a los pies y la cabeza entre las piernas, ajeno a la tierra o al mar, y llorando ahora sin la preocupación de la huida. La tierra y el bosque lo escuchan, apoyadas entre sí, lo acompañan hasta que se duerme, acostado frente al agua tras haberse arropado con el frío. Duerme ahora, calmado. Es cierto que la noche pesa, todas las criaturas duermen ya, las que queden. Solo se puede suponer. El mar arrulla y es tranquilo, pero es la tierra. La tierra podría dar calor, tan solo un poco. Acostarse y ver al niño cómo duerme. La pulsera tiene que estar al calor. Está solo. No puede.

La oscuridad es inesperada con los ojos abiertos, y menos se espera, en la noche cerrada, ver luces que asedian y desplazan el azul del cielo y el blanco de la luna. Sobre la playa y sobre el monte baila una aurora de colores desconocidos que se agrupan en formas y llaman con sus destellos de pasos contra la naturaleza. Hay detrás, en el aire, criaturas de cuatro alas y fauces violetas en las que se pueden ver dientes y colmillos asomar tras la piel escarlata. Desde el bosque surgen varios grupos de arañas, que brillan en rojo, verde y amarillo, y se levantan sobre sus patas traseras, partiéndose a la mitad sin poder morir; las que son capaces de aguantarlo se acercan a sus compañeras frenéticas y las devoran para partirse ellas mismas al hacerlo, o para salir victoriosas y atrasar el destino que consumen. Hacia el pueblo se libra una batalla con humanos como montañas, en cuya piel destellan colores que no se han nombrado, y se tumban y matan sobre la tierra sorprendida.

Solo hacia el mar hay paz. El niño se ha despertado y, ajeno al horror, mira solo a una luz, del color de la carne, que flota leve sobre el agua. Una anciana sentada, tranquila, le extiende la mano mientras sonrío y canta una tonadilla al ritmo sordo de una mecedora que levita y choca contra la nada. A su lado, una luz como un lobo, pero de él salen antenas y su cola se bifurca.

Veo la luz. Me pregunto cómo sería si en vez del celeste de las joyas fuera de un gris claro, moteado con los parches rosados de la edad y la supervivencia. Es de mi altura y tiene todas mis proporciones, aun sin el color imita los lugares donde falta la piel o mi manera de moverme, pero él sí tiene las cuatro joyas. Siempre las entendí como joyas, dos en las antenas y dos en la cola partida, pero nunca comenté con nadie el nombre,



sin apenas saber hablar tampoco conocí a nadie que las nombrara. Después de tanto se presenta ante mí la especie, sin ser un reflejo del agua o una pesadilla, sin huir de mí, a pesar de los gritos, sin morir sin causa.

El niño no se ha dado cuenta, no puede, y aunque pudiera, caminaría de igual forma hacia el abismo para encontrarse con un asesino amable. Quien sea el autor de este espectáculo, acechando bajo el agua o junto a la pared del barranco, es una criatura cruel. Escuchan todas las criaturas, dormidas o cazando, un ladrido grave y, entre la aurora de batallas y monstruos, tres esferas de luz brillan firmes con el color de un día soleado. El niño las ve y ve la forma de un lobo, pero solo la silueta, sin distinguir los colmillos, algunos rotos y manchados, o de la pulsera que pende en ellos. Sigue al lobo, despacio, sin saber cuál es el camino o qué significa devolver un objeto.

Partes de la aurora aparecen espontáneas frente a lobo y niño: asesinos con espadas en ristre, derrumbes, inundaciones y lava esmeralda que surge del suelo y criaturas de las que nadie había dejado registro, sin embargo, desaparecen todas al atravesarlas, al rugir severo frente a ellas, para permanecer solo el invertido triángulo celeste que el niño sigue, a pesar del miedo y las amenazas. Continúan, entre los árboles teñidos de rojo y blanco, hasta que estos se empiezan a separar y aparecen los puntos de naranja de las pocas luces que quedan en el pueblo, ya sin apenas ruido, con solo algunos pasos que empiezan a preocuparse. La aurora desaparece al fin y la noche vuelve al negro cuando el lobo deja de guiar, aun así, el niño, ciego de su alrededor ante la oscuridad repentina, nota cómo pasa junto a él, erguido, y empieza a oírlo también.

Un repiqueteo como de millones de patas inunda los oídos desde el bosque hasta la playa. Ladra ahora el lobo sin cesar, con golpes secos y con el lomo levemente inclinado hacia la tierra, tensando los músculos. Se empieza a ver entre la hierba oscura grupos de pelos blancos y membranas como de acero negro que se mueven en todas direcciones. Con pocos pasos pelos, membranas y patas forman filas, huyendo hacia el mar con su orquesta de caza. Se queda quieto el niño hasta que ya no la oye, aturdido. Tampoco ve al lobo que lo guio a las menguantes luces de su casa, pero ve, frente a él, la pulsera soltada sobre la tierra, con la sangre seca.

El sol es apenas visible aún, tras un día. En el camino hacia los dos picos se pueden ver pocas membranas negras y duras y algunas gotas de sangre. Las piedras de la playa presentan un desorden premeditado, apiladas las unas sobre las otras dejando una gran línea de polvo en medio que se desvanece con el agua, y es aquí donde más sangre ha quedado, tras un movimiento de la criatura que levantó a las piedras.



El sol asoma, tímido, sobre las copas de los árboles. Sus troncos han quedado grabados con finos dibujos indescifrables y las astillas han caído sobre la tierra también marcada. La pulsera ya no está donde cayó y en el pueblo apenas quedan rastros de la fiesta, algún trozo de cristal desapercibido o una decoración que no han retirado. Hay algo nuevo, junto a un árbol: una casetita poco trabajada, casi más un buzón por la altura de la puerta, y dentro de ella, un collar. Su cuero y madera son nuevos, pero esta fue tallada con una figura que no se distingue bien. Es toda cuadrados y rectángulos; uno delante, del que sale uno mayor que llega casi hasta el final y bajo el cual hay cuatro figuras, dos más anchas y otras dos, detrás, más pequeñas. Dejan paso a muchos raspones con el cuchillo, como también los hay sobre la primera figura. Está pintada de gris.

Tras el árbol, empequeñecidos, hay tres personas de pie, una de ellas se acerca. Ha parado y señala a la caja, al collar, baja la mano y señala ahora al frente. Pide el collar y pide además menos altura. El sol acoge en su centro al pueblo y al niño que coloca el collar y acaricia.

Su mano es cálida.



Parte poética de *Luz* Guillermo Oliva Casanova

(creación)

de hombres
poca luz
entre tanto humo

rompiéndose la pantalla
entre los ojos

—

salvar la oscuridad
(pro)crear mundo

estático

—

todo nos viene desde niños
sueños arrojados
lo seguimos viviendo

—

el reflejo en el agua
que penetra

mirada devorar

en la sombra
simbiosis

—

autofagia rota
un cristal escrito

luz lectora

—



ojalá pudiera
convertirse en un paisaje

propio
en su escorzo

alargarse más allá
de la punta de nuestros dedos

fundirse es difusión
desaparecer en conjunto

frescor que nace
de una falta
guardada en estima

en el cielo
rebanada en un cuchillo
cayendo en mil rayos

oasis de luces
entre montañas
reflejan los cuerpos

nunca llueve a gusto de todos
pero sí caerá
la luz

el miedo también llora
sus lágrimas
reflejan



Quimeras en el agua, Roberto Tejera de León

(creación)

Como cada día, con la llegada del atardecer, recorro el sendero que conduce a Punta Entallada, dejando atrás La Caleta del Silbo. A mitad de camino me quito los zapatos y ando descalza. Cuando era pequeña siempre estaba con los pies desnudos, por entonces no sabía distinguir si lo que estaba pisando era rofe o jable. Ahora, el picón se me clava en la planta de los pies como si un hambre voraz los hubiera asaltado.

Ya nada es lo que era.

Las gaviotas graznan sobre la roca desnuda, guarecidas del salitre que se enjala con la brisa del mar, entre los alisios y las corrientes circundantes. Desde allí, puedo ver cómo la espuma recién nacida se cuele en las hendiduras de la roca volcánica, y un chisporroteo de agua cristalina sale disparada a través de los respiraderos.

Las gotitas de agua se atorán en mis brazos desnudos.

Siempre que estoy lo suficientemente cerca del mar, humedezco los labios con la punta de la lengua; saben igual que un sollozo cuando no es de tristeza. Hay ternura en ello. Como si los recuerdos más valiosos se agolpasen en la comisura de mis labios.

Y desde allí, contemplo el ocaso. La imagen es empalagosa, vibrante, hermosa. Pero la luna no ha despertado. Igual que la noche anterior. Eso significa que la marea ahora está viva. Inquieta.

No es una buena señal.

Cuando alcanzo el final del sendero, me cubro la frente con la mano para resguardarme de los últimos rayos de sol y alzo la vista; un viejo faro descansa al borde del risco, aferrado al malpaís como una espina obstinada que ni la lumbre ni la sal marina logran arrancar de la piedra. Resulta más hermoso aún a esa hora del día, desvaído y añoso bajo la menguante luz del ocaso, con los frondosos mechones de musgo atrapados entre los huecos y los salientes que conforman su almacén.

Sin apartar la vista de la torre, me deslizo a través de la verja resquebrajada, haciendo caso omiso al persistente cartel recubierto de moho que veta la entrada. En el interior, recorro la escalinata de caracol que conduce a la cúpula; el sonido metálico de mis pasos



se hace hueco entre el silbido de un viento que atraviesa las hendidas vidrieras y el tañido de las olas al romper contra el risco.

Ya en la galería, me invade esa sensación desagradable de quien teme a las alturas; allí arriba todo parece muy pequeño. La costa. Las laderas. Las gaviotas. El pueblo. Todo adopta un matiz nimio. Casi mísero. Trivial. Incluso la noción del arriba y del abajo carece de sentido. Sin embargo, el desvarío comienza a diluirse cuando condenso toda mi atención en aclarar la linterna y dar lustre a la lente de Fresnel.

Con el sol apurado en el horizonte, el eco de una voz pesada me saca de la enajenación; la silueta de un hombre corpulento me observa desde abajo, a pocos metros de la verja.

Suspiro con un deje de incordio que me descompone el atezado rostro.

—Supuse que te encontraría aquí —dice el hombre cuando me ve sortear la vieja aljibe que descansa a los pies del faro.

—No es difícil encontrarme, agente. Ya sabe las historias que se cuentan sobre mí.

El hombre, ataviado con un uniforme turquesa de policía, me mira con incredulidad.

—¿Historias? —pregunta con voz áspera—. Si te soy sincero, muchacha, no me gustan las historias. Son largas, tediosas y al final siempre intentan darte lecciones de vida, como si el mundo no fuese lo suficientemente jodido ya de por sí.

—No seas condescendiente conmigo, Jonay. Sabes a lo que me refiero. En el pueblo todos hablan de la chiflada del faro. La viuda de Punta Entallada. Esa lunática que baja día tras día para hablar con la marea como si esta le respondiera.

—Yo tan solo quería asegurarme que estabas bien.

—Bueno, aprecio mucho que hayas venido a verme. Pero estoy bien.

Jonay deja caer los hombros en un gesto de resignación. Siempre lo hace cuando sabe que no tiene las de ganar. Un instante después dibuja lo que parece ser una leve sonrisa en su rostro.

—Lo mejor será que demos un paseo.

Los pasos sobre el picón parecen contenidos, diminutos. Echo un ojo a mis pisadas y luego a las de Jonay, que camina ligeramente por delante. Sus pies son grandes y las huellas que dejan sus botas dibujan trazos firmes sobre el rofe. Luego vuelvo a mirar las mías, con los ojos brincando entre las pequeñas hendiduras. Es como ver la estela de un animal salvaje. Herido. No hay coherencia. Tampoco robustez. Tan solo un embrollo de



surcos desalineados que hacen lo posible por no descomponerse, como si reinara una anarquía en mis pies rugosos. Y eso me gusta.

—Él... no van a volver— susurra sin apartar la vista del océano—. Es hora de que asumas la realidad.

No digo nada. Espero paciente hasta que una respuesta lo suficientemente racional se formule en mi mente. Entonces Jonay vuelve a hablar. Puedo distinguir aquel particular tono de súplica en su voz.

—Creo que estoy en mi obligación si te digo que...

—No hace falta que diga nada; ya no soy una niña. Sé por qué has venido. Y sé que no puedo subir al faro.

—Y, sin embargo, sigues haciéndolo.

Me detengo, apretando los nudillos hasta que adquieren un tono perlino. Puedo sentir cómo me arde el alma cuando en mi cabeza aparece su imagen.

—Encontraron su barco...

—Pero no a él —aclara, y antes de que pudiera replicar sus palabras, sigue hablando—. Sé por lo que estás pasando. Sabes que yo también lo perdí. Y no pasa un solo día sin que lo eche de menos.

—Entonces sabrás que no lo voy a dejar.

Jonay amaga con decir algo, pero lo único que sale de su boca es un amargo rezongo.

—Está bien. Tú ganas. Tan solo quería ser el primero en darte la noticia: el faro será demolido. La patronal lo aprobó esta misma mañana. Tal vez tus constantes incursiones hayan acelerado el proceso. Así que te sugiero que no intentes impedirlo ni estés aquí cuando eso ocurra.

*

Cuando la noche cae, hace un frío que raja las piedras.

Estoy apoyada contra la barandilla, con un abrigo harapiento que me cubre por debajo de la rodilla. Huele a mugre, a sargazo, a vino rancio. Pero al menos me protege del viento. Debió pertenecer al farero, pero, por lo que parece, no le tenía mucho aprecio, pues fue lo único que dejó en el faro.



A lo lejos veo un par de pequeñas lucecitas titilar sobre el agua. Rojas y verdes. Por un momento, siento cómo el corazón parece cortar a cuchillo el pecho desde dentro, pero aquella sensación apenas dura una fracción de segundo, pues la singular silueta de La Bartola empieza a hacerse más clara, navegando a ralenti hacia el fondeadero. Vuelve de una larga jornada de faena, con la bodega llena de pescado fresco y la madera húmeda en la cubierta, rezumando ese olor metálico que acompaña la buena jornada. En ese instante, siento un arrebató de cólera hacia el navío.

El Bajamar nunca volvió.

—Sé que estás ahí.

Y dejo que la mente, adormecida por la espesura de la noche, dibuje un segundo buque, más pequeño y ruinoso, que navega a estribor de La Bartola. Es como si se acurrucase en su casco. Casi puedo escuchar las burlas de Santiago, el patrón de La Bartola, al ver el bodegón medio vacío, y cómo alguien señala desde el otro barco las nasas y los cercos con gestos de desdén. El escarnio se entremezcla con alguna risotada, y guiada por la alucinación, veo como las dos barcazas se pierden en la oscuridad.

Esa era una de las rarezas a las que me tenía que enfrentar cada día. Una evidencia que rehúye de la incómoda realidad. ¿Tengo que recurrir en mi letargo a quien siempre me sostuvo despierta para darme cuenta de aquel sin sentido?

¿Dónde estaba? ¿Por qué me había abandonado?

Y las lágrimas brotan en mis ojos.

No lloro por echarlo de menos; lo hago por acomodarme en aquella desdicha. Por asumir que lo había perdido. ¿Cuánto durará este constante ir y venir? Ya no lo hago por desesperación. Entonces, ¿por qué lo hago? ¿por costumbre, tal vez?

Hacinada en la pena, no soy capaz de distinguir la quimera acurrucada en el mar, que ahora está como un plato. Allí donde la luz del faro se alza en láminas de plata, percibo lo que parece ser una sombra. No es la sombra rugosa de un escollo ni el capricho de la sinuosa corriente. Tiene contorno. Pulso. Intención. Lo que parece ser un pequeño bote se desliza casi inmóvil, apenas mecido por la respiración del mar, y en él, erguida como una figura arrancada de la noche, puedo reconocer la silueta de un hombre.

No alcanzo a ver su rostro, pero estoy segura —con esa certeza inexplicable que brota de las entrañas— que me mira.



El instante fue tan breve que pudo haber sido un engaño del cansancio o del propio llanto. La luz gira, barriendo la superficie, y la sombra parece diluirse en el agua entre los pliegues oscuros de la marea. Sin embargo, durante ese instante suspendido en la duda, sentí el peso de unos ojos fijos en mí, como si el propio mar hubiese cobrado conciencia. Como si el mundo que imaginaba momentos antes se empeñase en habitar la realidad.

Como si una verdad incómoda temiera salir a la luz.



Revelado, Sebastián Martínez Cardona (creación)

Al niño que fui le conquistó la pequeñez,
quizá muy pronto
se reveló ante sí el aliento del mundo
y supo que de la nada no se habla
porque no hay deleite en su sencillez.

Un rayo de luz iluminó su penumbra
cuando una trágica mañana de agosto
el sol decidió lamer el polvo.

La aquiescencia del aire
para desnudar su sombra
dejó sus motas a plena vista.

La piel desnuda del elemento
tenía el pasado en su carne,
y sin quererlo, el niño
lo supo.

Ante sí, la piel vieja de su cuerpo joven,
la fibra olvidada de sus cortinas,
la fricción del abrazo de mamá,
el cansancio de las paredes.
La vida desgastada.

El mundo respiraba,
acortando
su vida
muriendo
lento
paciente

y el sol, impávido,
abrazó el curioso rostro
de aquel niño



que fui,
secando el daño,
abrazando el hecho
dejándome ahí.



En buena compañía, Teresa Pulido

(creación)

Flamboyanes y jacarandas me acompañaban en la ruta de ida y vuelta desde mi casa a la tuya, mamá. El azul violeta de las jacarandas floridas se unía a nuestros paseos las tardes del sábado o del domingo, cambiantes según el día que viniera Víctor, tu hijo.

Te gustaba tocar esas ligeras campanillas, ¿verdad que parecen de seda?, te decía, y tú las acariciabas con cuidado. La seda era un tejido muy delicado que tú nunca habías probado, a ti te bastaba el vichy a cuadros, el popelín, la muselina y la tela de tergal que no había que planchar, ese sí que fue un adelanto, los pantalones de papá con su raya marcada antes y después de lavar. La calidad de ese hilo no estaba a tu alcance ni tampoco había ocasión para mostrarla, por eso extendías tus dedos con primor, ¡el tacto de la jacaranda era tan suave! Una vez, hace años, me dijiste que en el país de tus amores se llamaba jacarandá y se nombraba en masculino.

Su espesa alfombra en el suelo anunciaba la primavera y un mayor trabajo para los limpiadores de plazas y jardines, que debían incrementar el número de barridos sobre las calles. El trayecto que recorriamos al ritmo de tus pasos, desde la casa hasta la plazoleta de la Asociación de Vecinos y viceversa, se teñía de azul violeta y un ligero aleteo de campanillas.

Cuando yo me alejaba en dirección a mi vivienda, la linde entre mi territorio y el tuyo, entre la casa de mi infancia a la que había vuelto para cuidarte y la mía propia, donde habitaban mis sueños, se tornaba rojo espeso, rojo anaranjado por la flor de los flamboyanes que hacían acto de presencia entre la avenida de Benito Pérez Armas y la de Bélgica. Esa calle, perpendicular a ambas, Comodoro Rolín, era el principio o el fin de la linde entre ambos domicilios, entre ambos barrios, entre mis dos vidas. El uno, empastado de recios silencios, alimentó mi infancia y mi juventud primera, contigo, con papá y con mi hermano; el otro me proporcionó paz y seguridad en mí misma, un buen andamiaje para afrontar sin quebranto al cabo de los años la vuelta a los orígenes; quería proporcionarte unos buenos cuidados al final de la vida.

De nuevo instalada en mi casa, acabado el tiempo de tus cuidados, me conforta cada mañana de primavera asomarme al balcón que me ilumina el día y recrearme en la contemplación de un flamboyán majestuoso, mi vecino de manzana, que me oxigena y



me regala esos colores que asocio a la vida, la mía, de la que disfruto, y la tuya, de la que cuidé hasta que te marchaste un tibio lunes de febrero.



Subir montañas, Victoria Ramírez Romero

(creación)

Siendo tan solo un niño, el padre de Onora había pasado ya tardes enteras contemplando la grandeza de los macizos que rodeaban su casa, su pueblo, su existencia, su vida. Al fin y al cabo, en aquel lugar tampoco había mucho más que hacer. Se sentaba en silencio sobre un tronco recién cortado, aspiraba el agradable olor a madera de pino y, con la calma digna de un monje, elevaba la vista al cielo para contemplar cómo los picos daban forma al horizonte. No se movía hasta que se sentía pleno. Le daba la impresión de que las altas montañas, tan solitarias, también aprovechaban aquel silencio para compartir algo con él.

Ningún niño se atrevía a molestarlo al verlo en aquel estado. Quizás, aun a su corta edad, percibieran mucho mejor la solemnidad del momento que algunos adultos. Su madre, por ejemplo, se dedicaba a llamarlo a voces para que volviera dentro a almorzar o para que hiciera algún que otro recado. Entonces el muchacho, sin cambiar de expresión, hacía un movimiento con la cabeza, como si dijera: «ya te he escuchado»; y sin embargo tardaba segundos en levantarse y apartar la mirada. Cualquiera diría que se estaba despidiendo de las montañas, prometiéndoles que volvería enseguida.

No era un chico especialmente popular, aunque quizá no se debía tanto a la extrañeza de su carácter, sino a la envidia. Mientras que los demás se dejaban la piel en arduos trabajos físicos —recolección, ganadería, carpintería...—, todo lo que el muchacho tenía que hacer era permanecer sentado y aguzar el oído por si a las montañas les apetecía revelarles algún secreto. Igual que ciertas familias se encargaban de tratar las pieles de los animales, la suya se dedicaba a prevenir las catástrofes, y los adultos consideraban ese oficio tan respetable como cualquier otro. Los más jóvenes, quizá por falta de experiencia, aún se mostraban recelosos al observar al niño durante sus meditaciones; era comprensible: en un poblado en el que el monte era testigo de todos los nacimientos, bodas y muertes, ¿quién no habría sentido la necesidad, al menos por un rato, de pararse a contemplarlo y a charlar con él?

Ciertas noches, algún que otro muchacho curioso tomaba, sintiendo una mezcla entre intriga y pena, el camino opuesto al que le llevaría a casa. Escabullirse era la única manera de observar las montañas con detenimiento: si algún día se le ocurría subir la vista al horizonte, sus padres le empujarían la cabeza bruscamente de vuelta hacia el suelo, obligándole a permanecer en su pequeño mundo. Una vez a salvo de miradas indiscretas,



observaría la sombra de los montes bajo la luz de la luna. Entonces, hipnotizado por la visión, sentiría aflorar en su pequeña cabeza todo tipo de preguntas sin respuesta, como finas burbujas que explotan en contacto con el aire. Algunos de estos niños, atraídos hacia la montaña por una suerte de magnetismo, se darían a la fuga y jamás volverían; para los demás, las preguntas que las montañas les susurraban ya estaban más que enterradas en sus memorias cuando les daban la espalda, rehacían el camino de vuelta a casa y se iban a dormir.

Onora, influenciada por su padre, había crecido contemplando el horizonte. Durante su infancia se acostumbró a que la mayoría de las conversaciones que mantenían giraran en torno al respeto irracional que el hombre sentía hacia aquellos picos de apariencia mística y lejana. Por extraño que pueda resultar, a Onora no le importaba escucharle divagar durante horas: lo admiraba con la misma intensidad con la que él admiraba a las montañas, hasta el punto en que, alguna que otra noche, deseaba despertar convertida en una de ellas. Le daba igual ser piedra, tierra o hierbajo. Solo quería sentirse parte de algo más grande que ella misma.

Una mañana, Onora fue a buscar agua con su padre. Desde muy pequeña lo acompañaba a todos sitios. Sentía que no era más que un reflejo enano y maltrecho de todo lo que él significaba. El hombre llevaba dos cubos vacíos en las manos y caminaba a paso ligero mientras rememoraba vivencias pasadas en voz alta. Onora, que aún no superaba los ciento veinte centímetros de altura, tenía que dar largas zancadas para permanecer a su lado.

—¿Sabes? Hace siglos, nuestro mundo estuvo a punto de acabarse.

Con la mirada siempre fija en el horizonte, su padre le habló de aquellos días en los que un temporal sin precedentes se cernió sobre el poblado. Debido a la orografía del lugar, el agua se acumuló rápidamente. Las cosechas se echaron a perder en cuestión de horas y la gente se acostumbró a vivir con el agua rozándoles los tobillos. Tras unos días sin sustento, algunos empezaron a perder la cabeza. A la vez que el nivel del agua subía incesantemente con cada gota de lluvia, la tranquilidad del pueblo se veía perturbada por frecuentes altercados violentos, y después de las trifulcas solo quedaban los cadáveres y el silencio. No fue hasta que todo el mundo hubo observado de cerca a la muerte que el monte, a través de uno de los antepasados de Onora, les reveló el sitio en el que debían esconderse para sobrevivir. Desde entonces, su familia se dedica a escuchar a las montañas y, llegado el momento, tienen que superar un rito de paso.

—¿Qué es un rito de paso?



Su padre estaba llenando los cubos de un agua fresca y cristalina que se dejaba caer, gota a gota, sobre el recipiente de latón.

—Es una prueba. Una hazaña que debe llevarse a cabo para demostrarle a los demás de lo que uno es capaz. Tú también tendrás que hacerlo, algún día.

—¿Y cuál es esa prueba?

Los ojos de su hija rebosaban curiosidad. La tomó en brazos y señaló hacia el horizonte con su mano libre.

—Subir la montaña más alta.

Incluso desde lo alto de sus hombros, aquel monte le resultó majestuoso e indomable. Por el tono de voz de su padre, supo lo mucho que significaba para él, si bien no logró descifrar el porqué. ¿Acaso era aquel macizo la razón por la que siempre iba erguido, sin interés alguno en bajar la vista hacia ella? ¿Qué vería allí arriba que tanto le hipnotizaba? Cuando fue devuelta al suelo, Onora se convenció de una cosa: algún día ascendería hasta la cima.

Con el paso del tiempo, mientras que Onora crecía y se estiraba irremediamente, su padre parecía encogerse sobre sí mismo, como la rama enferma de un árbol. A veces, al observar la curvatura de su espalda, a Onora se le aparecía la orgullosa silueta que portaba años atrás, estirado, con la vista clavada en las inalcanzables montañas, y le daba la impresión de estar viendo a un hombre distinto.

—Qué ironía —pensaba para sus adentros—. Él, que utilizaba la línea que separa el cielo de las montañas como único referente a la hora de medir lo grande, lo pequeño, e incluso lo que merece la pena, tendrá que conformarse, en cuestión de unos años, con observar a las hormigas.

La verdad es que a Onora su padre ya no le merecía el respeto de antaño. Con casi dieciocho años, por fin había dejado de intentar convertirse en una montaña: su esfuerzo nunca había dado frutos. También había descubierto los placeres de la desobediencia. Casi a diario se escapaba a hurtadillas de su habitación para encontrarse con Gael, una chiquilla brillante, aunque un poco sabionda e impresionable, con la que podía desahogar su rabia adolescente.

El día en que todo cambió estaban recostadas en las faldas de un macizo. Mientras conversaban, los molestos trocitos de picón se les clavaban en las escápulas. De fondo se escuchaba una especie de murmullo, algo a lo que estaban tan acostumbradas que ya no percibían. Era el mar, pero ellas no podían saberlo. Jamás lo habían visto.



—Mi padre sigue diciendo que no le presto suficiente atención a los mensajes que me manda la naturaleza. Que, si sigo así, jamás estaré preparada.

Gael, bajo una suerte de hechizo, observaba algún punto más allá de Onora con los ojos muy abiertos.

—¿Preparada para qué? —continuó su monólogo—. ¡Vaya estupidez! ¿Qué se me ha perdido a mí allí arriba?

Onora sintió enseguida el peso del silencio de su amiga. No estaba acostumbrada a que se mantuviera callada durante tanto tiempo, así que se dedicó a rellenar el vacío con palabras intrascendentes. Tras unos minutos, le dio la impresión de que Gael había vuelto en sí, aunque sus ojos aún conservaban la frialdad del trance.

—Tu padre tiene razón. Hay algo en la montaña —le dijo.

Se giró instintivamente, intentando echar un vistazo a lo que fuera que se refería la muchacha, pero tan solo se encontró el mismo paisaje de siempre, las mismas montañas desproporcionadas e insulsas.

—¿Qué has visto?

—Una cierta luz.

La voz de Gael sonaba mucho más tranquila que de costumbre. Tras unos segundos, añadió:

—Hay una cierta luz en las montañas, al atardecer, justo antes de que el sol se oculte tras ellas.

De vuelta a casa, caminaron hombro con hombro, aprovechando los últimos resquicios de luz para distinguir el camino. Onora, cansada de pedir explicaciones, se había resignado a escuchar con atención las pocas palabras que su amiga se dignaba a dirigirle. Se le ocurrió que quizá fuera Gael, y no ella, quien debería subir a la montaña y llevar a cabo aquel rito de paso del que su padre tanto le hablaba.

—Gael... —la llamó con indecisión—. Cuando viste aquella luz, ¿escuchaste algo?

La muchacha sostuvo la vista en el horizonte durante unos segundos, obnubilada por algo que nadie más parecía distinguir. Confundida, observó a Onora como si nunca la hubiera visto antes. Su mirada resplandecía bajo una luz infantil que, al toparse con los ojos de su amiga, se fue desvaneciendo sin dejar rastro.



Esa noche, Onora se fue a dormir con la sensación de que nada volvería a ser lo mismo. Antes de acostarse salió, sigilosa, al porche y fijó la vista en la lejanía. La luz de la luna dibujaba el contorno de las montañas, haciéndolas resaltar en la oscuridad del paisaje. Le dio la impresión de que eran muy altas, inalcanzables. «Así las veía cuando era niña», pensó.

Pocas horas más tarde, al alba, Gael desapareció.

A Onora le hubiera gustado tener a alguien a quien contarle, tal y como iban sucediendo, los acontecimientos de aquel día: la inquietud al pasar junto a la finca de los padres de Gael y no verla; el almuerzo del que apenas probó bocado; las náuseas mientras esperaba tumbada sobre el pasto, como cada tarde, a que la silueta de la muchacha se le apareciera de entre los árboles. No obstante, la única persona que estaba siempre dispuesta a escucharla era la misma que se había esfumado. Gael la había abandonado. En un intento de reprimir sus lágrimas, apretó con fuerza los párpados y reprodujo en su cabeza una de sus conversaciones recurrentes, en la que imaginaban cómo sería huir juntas del pueblo.

—Viviríamos en una casa enorme en medio de una pradera rodeada de flores.

—Así no tendríamos que separarnos jamás. Haríamos todo juntas.

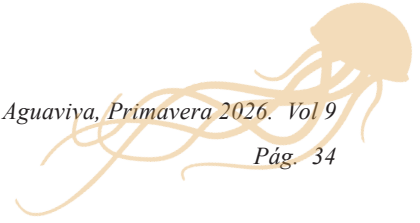
Escuchaba la voz de Gael tan nítidamente que le costaba creer que no estuviera acostada a su lado.

—Nos pasaríamos la mañana recolectando frutos silvestres y por la tarde conversaríamos bajo la sombra de los árboles.

—Inventaríamos nuestras propias reglas.

—Eso es. Viviríamos bajo un cielo azul que, a falta de montañas, se confundiría con la línea del horizonte. Lo veríamos todo. ¿No es perfecto, Gael?

Cuando volvió en sí, Onora se dio cuenta de que se había pasado la tarde inmersa en aquella ensoñación. No hubiera sabido decir si había estado despierta, dormida, o a medio camino entre el descanso y la vigilia. Se frotó los ojos con el fin de despojarse, sin éxito, de la sensación de irrealidad que predominaba en el ambiente y fijó la vista en el horizonte. Ahí estaban, como siempre, las montañas, imponentes y misteriosas, observando desde las alturas a cualquiera que se atreviera a mantenerles la mirada. Habría podido trazar la silueta de aquella cordillera de memoria. Sobre ella, incluso el sol, a punto de ocultarse, parecía insignificante.



Justo antes de que el día diera paso a la noche, vislumbró un destello en la montaña más alta, una cierta inclinación de la luz que cubrió el paisaje con un velo onírico, de otro mundo. Algo la inquietaba, pero no conseguía descifrar el qué. De pronto, como quien tiene una epifanía, cayó en la cuenta de que esos no eran los montes que había estado observando toda la vida. Cuando estuvo a punto de apartar la mirada le pareció ver algo en la cima del más alto: una silueta humana. Presa de la exaltación, se levantó de un salto y trató de correr hacia allí, pero una fuerza opresiva se cernía sobre ella, impidiéndole moverse. Paralizada, lo único que pudo hacer fue contemplar la montaña. La silueta permaneció inerte durante unos segundos; después, se dio la vuelta y se desvaneció en la penumbra.

Enseguida supo que era Gael.



Traducciones

die dunkelheit wird heller¹,

Javier Pérez Hernández

(traducción)

ich liege im abgedunkelten zimmer, die rollläden sind heruntergelassen. meine vorhänge, nur zum dekorativen zweck, sind ebenfalls geschlossen. jeder einzelne lichstrahl ein nicht mehr zu ertragender schmerz. das kissen an meiner wange fühlt sich feucht an. meine lippen schmecken nach vertrocknetem tränensalz, als ich versuche, sie mit meiner zunge zu befeuchten. ich denke über den singular und plural von lippen nach, spiele im kopf mit einigen sätzen, bis sie sich verselbständigen und klumpenhaft schwer auf meiner brust lasten. **die angst vorm fehlerhaften dasein** lässt den geschmack in meinem mund noch fahler werden.

ich kann doch nicht so klug sein wie gedacht, wenn ich nicht mal weiß, ob meine körperteile im singular oder plural existieren. bin ich auch nur eins? „wer bin ich und wenn ja, wie viele?“ —das buch steht schon so lange auf meiner leseliste und doch hab ich immer nur die leichten liebesromane gelesen, wenn überhaupt. ein stapel von „was wäre wenns“ neben meinem bett. jetzt wo dieser philosoph meine generation als verweichlicht bezeichnet, ohne seine weißen, cis-mann-privilegien zu reflektieren, vielleicht gar nicht so schlecht.

woher soll ich wissen, wen oder was ich gut zu finden habe? vielleicht hätte ich mehr antworten, wenn ich wieder mehr lesen würde. vielleicht würden dadurch aber auch nur mehr fragen hinzukommen. ich muss an peter bieri denken, über den ich eine hausarbeit letztes jahr geschrieben habe. vielleicht strebe ich ja immer noch eine falsche art zu sein an? nach bieri führt bildung zum sein und ausbildung zum können. in meinem leben hat sich mein sein aber immer über mein können definiert. es ging immer um performance, um das erreichen von zielen, die gar nicht so wirklich meine waren. aber wessen dann? all mein „ich bin...“ steht und fällt mit meinem „ich kann...“. ich bin ein ehrgeizig, weil ich bestnoten schreibe. ich bin fleißig, weil ich viel arbeiten kann. ich bin kreativ, weil ich texte schreiben kann. aber ich bin nicht fremdbestimmt, weil ich jetzt aufstehen kann.

ruckartig schlage ich meine decke zur seite, stehe auf. in meinem kopf breitet sich schwindel aus, mir wird schwarz vor augen. oberkörper wankt nach vorn, wieder zurück. wellenhafter schmerz, der mich durchströmt. mein bettrahmen das ufer, die decken die brandung. **ich öffne die augen, die dunkelheit wird heller**. ich erkenne schemenhaft die

¹ Fragmento del libro *schleichende prozesse* de Laura Lynn Meyer.



umrisse der möbel, die kommode, der schreibtisch, eine pflanze. langsam stehe ich auf, spanne die muskeln an, um etwas zu spüren. das holz fühlt sich kalt unter meinem socken an. aus dem schrank zerre ich den erstbesten pullover. er ist grobmaschig gestrickt und wärmt mich, ich zitter und schwitze. als wäre ich einen marathon gelaufen, dabei läuft nur meine nase. ich wische mir mit dem ausgeleierten ärmel über das gesicht, lehne mich gegen die kommode. die knäufel drücken angenehm in meinen rücken, sie halten mich. die augen halb geschlossen, mache ich ein blinkendes rotlicht aus. der akku meines laptops ist bald leer. eine vorstufe meiner selbst. wünsche, ich hätte ein derartiges warnzeichen bekommen. stattdessen war ich mal wieder schonungslos ins offene messer gelaufen.



la oscuridad se vuelve más clara

estoy tumbada en la oscuridad de mi habitación, las persianas están bajadas. mis cortinas, que solo son de decoración, están igualmente cerradas. cada uno de los haces de luz se vuelve insoportable. la almohada en mi mejilla se siente húmeda. noto el sabor salado de las lágrimas secas en mis labios cuando intento humedecerlos. pienso en el singular y el plural de labios, juego en mi cabeza con distintas frases, hasta que se fragmentan y cobran peso en mi pecho. **el miedo a un existir defectuoso** deja un sabor insípido en mi boca.

no puedo ser tan inteligente como pensaba si ni siquiera sé si mis partes del cuerpo existen en singular o en plural. ¿soy yo también solo una? ¿quién soy yo... y cuántos? —el libro lleva tiempo en mi lista de lecturas pendientes y yo sigo leyendo solo las novelas románticas más ligeras, si acaso. una tonga de “qué pasaría sí” junto a mi cama. ahora que este filósofo describe a mi generación como afeminada, sin reflexionar sobre su privilegio de hombre blanco cis, quizás eso no sea tan malo.

¿cómo debería saber a quién o qué tengo que considerar bueno? quizá tendría más respuestas si retomara la lectura. quizás así solo me vendrían más preguntas. pienso en peter bieri, sobre quien escribí un ensayo el año pasado. ¿puede que siga aspirando a una forma de ser equivocada? bieri dice que la educación conduce al ser y la formación a la capacidad. en mi vida, mi ser siempre ha estado definido por mi capacidad. todo era una performance para alcanzar objetivos que realmente nunca fueron míos. ¿pero de quién entonces? todo mi “yo soy...” se sostiene y se cae con mi “yo puedo...”. soy ambiciosa porque obtengo las mejores calificaciones. soy aplicada porque puedo trabajar mucho. soy creativa porque puedo producir textos. pero no estoy supeditada a nadie, porque ahora puedo levantarme.

en un arrebato aparto mi manta. me levanto. una sensación de vértigo ocupa mi cabeza y mi visión se oscurece. mi torso se balancea hacia delante y de nuevo hacia atrás. me recorre una marea de dolor. el marco de mi cama es la orilla, las mantas las olas. **abro los ojos, la oscuridad se vuelve más clara.** distingo vagamente el contorno de los muebles, la cómoda, el escritorio, una planta. me levanto despacio, extendiendo los músculos para experimentar algo. la madera se siente fría bajo mis calcetines. del armario saco el primer suéter que veo. es de punto y me calienta mientras tiemblo y sudo. como si hubiera corrido un maratón, cuando solo me corren los mocos. me limpio la cara con la manga y me apoyo en la cómoda. los pomos presionan de forma agradable mi espalda, me sostienen. con los ojos medio cerrados apago un piloto rojo. la batería de mi portátil está casi vacía. un presagio de mí misma. me gustaría haber recibido una señal de advertencia. sin embargo, he vuelto a caer en la misma trampa.



Artículos

La luz ordinaria: atención, forma de vida y resistencia ética

Tomás Hernández Mora

(artículo)

Fecha de recepción: 8 de enero de 2026

Fecha de aceptación: 10 de marzo de 2026

RESUMEN

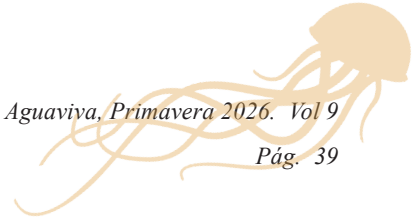
El texto sostiene que el sentido de la vida no se encuentra en una claridad absoluta, sino en prácticas cotidianas como la atención, el cuidado y la fidelidad a lo frágil. Inspirado en Ludwig Wittgenstein, afirma que el significado surge del uso en la vida diaria, y no de estructuras abstractas. Desde la ética de la atención de Iris Murdoch, defiende que la moralidad depende de aprender a ver con justicia, más que de decisiones puntuales. Así, la “luz” no elimina la oscuridad, sino que permite orientarse en ella. En conjunto, propone una ética de la paciencia y lo cotidiano, donde el sentido persiste en gestos mínimos que sostienen la vida incluso en la fragilidad.

Palabras clave: Sentido, atención, cuidado, fragilidad, ética, vida cotidiana.

ABSTRACT

The text argues that the meaning of life is not found in absolute clarity, but in everyday practices such as attention, care, and fidelity to what is fragile. Drawing on Ludwig Wittgenstein, it claims that meaning arises from use in daily life rather than from abstract structures. From the ethics of attention developed by Iris Murdoch, it maintains that morality depends more on learning to see justly than on isolated decisions. In this sense, “light” does not eliminate darkness, but allows us to find orientation within it. Overall, the text proposes an ethics of patience and everyday life, where meaning persists through small acts that sustain human life even in its fragility.

Keywords: Meaning, attention, care, fragility, ethics, everyday life.



La experiencia humana se desarrolla en una tensión constante entre visibilidad y ocultamiento. No todo aquello que orienta la vida se presenta con claridad inmediata ni adopta la forma de lo evidente. Por el contrario, muchas de las dimensiones más decisivas de la existencia permanecen en un registro discreto, cercano a lo cotidiano y, precisamente por ello, fácilmente ignorado. La luz que sostiene la vida no es la que elimina toda sombra, sino la que permite habitarla sin desorientación. Esta luz no se impone como una verdad revelada ni como una certeza absoluta, sino que se manifiesta en prácticas ordinarias de atención, cuidado y fidelidad a lo frágil.

Frente a concepciones que identifican la luz con la transparencia total o con la eliminación de toda ambigüedad, resulta necesario recuperar una noción más modesta y fiel a la experiencia humana. La claridad absoluta, cuando se convierte en exigencia permanente, produce con frecuencia un efecto paradójico. En lugar de orientar, ciega. En lugar de generar sentido, lo empobrece. La vida humana no se desarrolla en un espacio completamente iluminado, sino en un claroscuro donde la orientación es siempre parcial y provisional. Reconocer esta condición no equivale a renunciar al sentido, sino a comprenderlo de otro modo.

Desde una perspectiva atenta a la vida ordinaria, el sentido no aparece como una estructura metafísica previa que se descubre mediante un acto intelectual excepcional. Surge, más bien, del uso, de la práctica y de la inserción de palabras y gestos en un entramado compartido. El significado no se encuentra detrás de la experiencia, sino en ella. Esta idea, desarrollada con particular claridad por Ludwig Wittgenstein en su obra tardía, tiene consecuencias profundas para la manera en que se comprende la luz como categoría ética y existencial.

El significado no se encuentra detrás de la experiencia, sino en ella (Wittgenstein, 1953; Cavell, 1979).

Wittgenstein afirma que “el significado de una palabra es su uso en el lenguaje” (1953, §43). Esta afirmación, lejos de ser una mera tesis lingüística, implica una concepción del sentido como algo inseparable de las formas de vida en las que se encarna. Imaginar un lenguaje, escribe el autor, es imaginar una forma de vida. La luz, entendida desde este marco, no es una entidad abstracta ni un ideal trascendente, sino una cualidad de ciertas prácticas humanas. Allí donde una forma de vida logra sostener relaciones significativas frente a la fragmentación y el miedo, aparece una forma de luminosidad.

Esta concepción permite comprender por qué aquello que resulta más decisivo para la orientación vital suele ser también lo menos tematizado. Lo que sostiene la vida cotidiana no se presenta como problema ni como espectáculo. El cuidado reiterado, la atención



paciente, la constancia en los vínculos, la fidelidad a lo frágil. Estas prácticas no reclaman visibilidad, pero constituyen el tejido mismo del sentido. Wittgenstein observa que “los aspectos más importantes de las cosas para nosotros están ocultos debido a su simplicidad y familiaridad” (1953, §129). No están ocultos porque sean inaccesibles, sino porque se han vuelto demasiado próximos.

La luz ordinaria se mueve en este registro. No añade algo externo a la experiencia, sino que permite reconocer lo que ya está ahí. No transforma radicalmente el mundo, pero modifica la manera en que se habita. Esta modificación no es espectacular ni inmediata. Es lenta, frágil y siempre expuesta al fracaso. Pero es esta fragilidad la que le confiere su densidad ética.

La ética, entendida desde esta perspectiva, no puede reducirse a un conjunto de reglas universales ni a una serie de decisiones excepcionales. Aunque las normas y las decisiones tienen su lugar, la vida moral se configura de manera mucho más profunda en el nivel de la atención. Iris Murdoch desarrolló esta idea con especial claridad al poner en duda las concepciones de la moral basadas únicamente en la voluntad. Para la autora, el núcleo de la vida moral no reside en actos aislados de elección, sino en la calidad de la mirada con la que se percibe el mundo.

En *The Sovereignty of Good*, Murdoch sostiene que “la moralidad es una cuestión de atención, no de voluntad” (1970, p. 34). Esta afirmación implica un desplazamiento significativo. La cuestión moral no se juega principalmente en el momento de decidir, sino en el proceso previo de aprender a ver. Ver con justicia, con claridad y con amor exige un trabajo constante de descentración. Exige reconocer la tendencia del ego a deformar la realidad para protegerse del miedo, de la frustración y de la pérdida.

La atención, en este sentido, constituye una forma de luz. No una luz que domina el objeto, sino una luz que se deja afectar por él. “La atención es el esfuerzo más raro y más puro que el ser humano puede ofrecer.” (Weil, 1947, p. 116). Atender implica exponerse a la resistencia de lo real, aceptar que el mundo no se ajusta a nuestros deseos ni a nuestras categorías previas. Este ejercicio no es neutral ni fácil. Requiere disciplina, paciencia y una disposición sostenida al autoexamen. Pero es esta atención la que permite que emerja lo valioso.

Murdoch describe el progreso moral como un proceso de clarificación gradual, en el que el mundo se vuelve progresivamente más visible a medida que se disipan las fantasías egocéntricas. “El progreso moral”, escribe, “es un progreso en la capacidad de ver el mundo como es” (1970, p. 36). Esta visión no promete pureza ni certeza absoluta. Promete, más bien, una relación más justa con la realidad.



La relación entre luz y miedo resulta aquí decisiva. El miedo tiende a estrechar el campo de atención, a reducir la realidad a una serie de amenazas. Bajo su influjo, el mundo se vuelve opaco y hostil. La luz que resiste al miedo no lo elimina, pero impide que se convierta en el principio organizador de la experiencia. Esta resistencia no adopta la forma de la negación, sino de la ampliación del horizonte. Atender es, en este sentido, una forma de valentía.

El hogar ofrece una imagen especialmente fecunda para pensar esta forma de luz. Más allá de su dimensión material, el hogar puede entenderse como un espacio simbólico de orientación, un lugar donde las cosas tienen un sentido que no necesita ser constantemente justificado. El hogar no es el espacio de la transparencia total, sino el de la familiaridad significativa. Allí, la luz no ilumina todo, pero permite reconocerse y reconocer a los otros.

Esta concepción del hogar se extiende a los vínculos que estructuran la vida humana. La familia y la amistad no son ideales abstractos ni estructuras exentas de conflicto. Son prácticas concretas atravesadas por tensiones, malentendidos y transformaciones. Su valor no reside en la ausencia de fractura, sino en la capacidad de persistir a través de ella. Esta persistencia exige trabajo, atención y, en muchos casos, perdón.

La luz que emerge de estos vínculos no es inmediata ni espectacular, es una luz que se construye en el tiempo, a través de gestos reiterados y decisiones aparentemente menores. Escuchar cuando resulta incómodo, permanecer cuando sea más fácil retirarse, cuidar cuando no hay garantía de reciprocidad. Estas prácticas no suelen figurar en los grandes relatos del éxito, pero sostienen la textura moral de la vida cotidiana.

Afirmar que la luz no desaparece no equivale a sostener una visión ingenuamente optimista de la existencia. No implica negar el sufrimiento ni minimizar la pérdida. Se trata, más bien, de una afirmación ética que reconoce la posibilidad de sentido incluso en condiciones adversas. Esta posibilidad no se presenta como una garantía, sino como una responsabilidad. Siempre existe un margen, por pequeño que sea, para responder de manera humana. Ese margen constituye la chispa que resiste.

La memoria desempeña aquí un papel fundamental. Recordar no es simplemente conservar el pasado intacto, sino reinterpretarlo desde el presente. “La función del recuerdo es rescatar el pasado del olvido.” (Arendt, 1961, p. 10). La memoria puede convertirse en una fuente de oscuridad cuando se rigidiza en el resentimiento o en la idealización, pero también puede funcionar como una forma de luz cuando permite reconocer la continuidad de los vínculos más allá de la ausencia. Recordar es una manera de afirmar que la experiencia compartida no se agota en la presencia física.



La imagen de personas distantes que miran el mismo cielo condensa esta dimensión de la experiencia. El cielo, como horizonte común, permite una forma de comunión que no depende de la proximidad. En esa contemplación compartida se produce un reconocimiento silencioso de pertenencia a un mundo común. La luz de las estrellas, distante y constante, introduce una temporalidad que relativiza la urgencia sin anular la importancia del presente.

Esta experiencia pone de relieve los límites del lenguaje. No todo lo significativo se puede decir de manera exhaustiva. Existen dimensiones del sentido que solo pueden mostrarse a través de la práctica, del gesto o del silencio compartido. Wittgenstein insistió en que “Lo inexpresable, ciertamente, existe. Se muestra, es lo místico” (1921, §6.522). Aunque esta afirmación pertenece a una etapa temprana de su obra, la idea de que no todo puede ser capturado proposicionalmente permanece como un trasfondo relevante.

Reconocer los límites del lenguaje no empobrece la reflexión, sino que la sitúa con mayor precisión. La luz, en este registro, no siempre se articula conceptualmente, pero se manifiesta en la forma de vida. La filosofía, entendida como clarificación, no añade nuevos contenidos al mundo, sino que permite verlo con mayor nitidez. “La filosofía deja todo como está”, escribe Wittgenstein (1953, §124). Esta aparente pasividad es, en realidad, una forma exigente de fidelidad a la experiencia. La escritura puede entenderse como una práctica orientada a cuidar esta fidelidad. No en el sentido de fijar definitivamente el sentido, sino de ofrecer un espacio donde pueda ser reconocido. Escribir no es iluminarlo todo, sino disponer una escena donde algo pueda aparecer con mayor claridad. Cuando la escritura renuncia a la lógica del espectáculo y de la imposición, puede convertirse en un ejercicio de atención y de responsabilidad. Esta responsabilidad no es neutral. Elegir escribir desde la atención, el cuidado y la ternura constituye una toma de posición frente a un mundo marcado por la aceleración, la violencia simbólica y la indiferencia. No se trata de una resistencia grandilocuente, sino persistente. Una resistencia que no busca imponerse, sino preservar las condiciones mínimas de sentido.

La fragilidad de la luz es una de sus características fundamentales. No es autosuficiente ni inagotable. Puede extinguirse si no se la protege. Pero esta fragilidad no la invalida. Al contrario, intensifica su valor. Encender una vela implica aceptar su finitud y, precisamente por ello, asumir la responsabilidad de cuidarla. La conciencia del límite no empobrece la experiencia, sino que la densifica.

La temporalidad desempeña un papel central en esta concepción. La luz que importa no es la del instante, sino la que se sostiene en el tiempo. No se trata de un comienzo absoluto que borra lo anterior, sino de una continuidad transformada. La persistencia de



la luz a través de los ciclos de oscuridad introduce una comprensión no lineal del sentido. No hay progreso garantizado, pero tampoco clausura definitiva.

Esta visión invita a una ética de la paciencia. Frente a la exigencia de resultados inmediatos, propone una temporalidad más extensa. Frente a la obsesión por la visibilidad, propone una presencia discreta. Frente al ruido, propone la escucha. No se presenta como una norma universal, sino como una forma posible y defendible de habitar el mundo.

La luz, entendida de este modo, no se acumula ni se monopoliza. Se comparte. Se transmite a través de gestos mínimos que, sin embargo, tienen efectos duraderos. Una palabra justa, una escucha atenta, una presencia sostenida. Estas acciones no suelen ser reconocidas por los grandes relatos del éxito, pero constituyen el núcleo ético de la vida común.

En última instancia, sostener que la luz no desaparece equivale a afirmar que el sentido no se agota en ninguna configuración histórica concreta. Siempre hay un excedente que resiste a la clausura. Esta afirmación no promete redención, pero sí continuidad. No garantiza respuestas definitivas, pero ofrece compañía. En un mundo atravesado por la incertidumbre, esa compañía puede ser suficiente.

Encender una vela no transforma la noche en día, pero permite dar el siguiente paso sin perderse. Ese gesto mínimo, reiterado y compartido, constituye una de las formas más profundas de humanidad.



Bibliografía.

ARENDETT, H. (1961). *Between past and future*. Viking Press.

CAVELL, S. (1979). *The claim of reason*. Oxford University Press.

MURDOCH, I. (1970). *The sovereignty of good*. Routledge.

WEIL, S. (1947). *Gravity and grace*. Routledge & Kegan Paul.

WITTGENSTEIN, L. (1921). *Tractatus logico-philosophicus*. Alianza editorial.

WITTGENSTEIN, L. (1953). *Philosophical investigations*. Editorial Trotta.

Agradecimientos especiales a nuestros suscriptores en KoFi,
nada de esto sería posible sin ustedes. La luz no se apaga
gracias a:

Elena Villamandos González

